

Luisa temblaba como una hoja.

— ¡Oh! ¡bendita seáis! continuó el médico levantándola y estrechándola contra su corazón.

Y á su vez, Cirillo se dejó caer en una silla enjugando el sudor que bañaba su frente.

## CAPÍTULO IX

### Los dos heridos

Luisa no comprendía una palabra de la escena que acababa de pasar. Lo único que adivinaba era que había salvado la vida á una persona por cuya existencia se interesaba Cirillo.

Viéndole palidecer bajo el peso de la emoción, la joven se apresuró á ofrecerle un vaso de agua fresca.

— Y ahora, dijo Cirillo levantándose vivamente después de haber apurado la mitad del vaso, no perdamos ni un minuto. ¿Adónde está?

— ¡Allí! respondió Luisa, señalando al extremo del corredor.

Cirillo hizo un movimiento en la dirección indicada: Luisa le detuvo por el brazo.

— Pero... le dijo vacilando.

— Pero, ¿qué? repitió Cirillo.

— Escuchad, amigo mío, y sobre todo, dispen-

sadme; añadió Luisa con su voz dulce y cariñosa, colocando sus manos en los hombros del doctor.

— Os escucho, dijo Cirillo sonriendo; ¿supongo que no estará agonizando?

— ¡Oh! no, á Dios gracias! al contrario, se halla tan bien cuanto puede estarlo una persona en su posición; por lo menos así estaba hace dos horas, cuando yo me separé de su cabecera. Lo que tenía que deciros y lo que importa que antes sepáis es que anoche no me atreví á llamaros porque instintivamente comprendía que mi esposo no debía tener conocimiento de lo ocurrido, y porque, siendo vos su amigo íntimo, temía confiaros un secreto de tanta gravedad... ¿No es verdad, amigo mío, que encierra un grave secreto el crimen de anoche?

— ¡Un secreto terrible, Luisa!

— Un secreto real, ¿no es cierto? repuso la joven.

— ¡Silencio! ¿Quién os ha dicho eso?

— El nombre del asesino.

— ¿Le conocéis?

— Miguel, mi hermano de leche, reconoció á Pascuale de Simone... Pero dejadme acabar. Os decía que no atreviéndome á mandar á buscaros y no queriendo tampoco llamar á otro facultativo, supliqué á una persona que se hallaba aquí por casualidad que hiciese al herido la primera cura.

— Pero esa persona, ¿pertenece á la ciencia?

— No; mas pretende conocer algunos secretos eficaces.

— Vamos, algún charlatán.

— Tampoco; era... dispensadme, querido doctor, estoy tanturbada que mi pobre cabeza se extravía... Mi hermano de leche, Miguel, á quien llaman Miguel *il Pazzo*... ¿no le conocéis?

— ¡Sí, y os diré, entre paréntesis, que desconfiéis de él! Es un rabioso realista ante el cual no me atrevería á pasarsi mis cabellos estuviesen cortados á la Tito, ó si gastase pantalones en vez de calzón corto: no habla sino de quemar y de ahorcar á los jacobinos.

— Si: pero es incapaz de vender un secreto que pueda interesarme ó comprometerme en lo más mínimo.

— Posible es; esa mezcla de buenos y de malos instintos es muy común en nuestros hombres del pueblo; sólo que en la mayor parte de ellos domina la maldad. Pero ¿decíais que vuestro hermano de leche Miguel?...

— Bajo pretexto de que me dijera la buenaventura (os juro, amigo mío, que fué á él y no á mí á quien se le ocurrió la idea) me trajo á una hechicera albanesa llamada Nanno, la cual me predijo toda

especie de locuras. Nos hallábamos al fin de la entrevista cuando recogí á ese desgraciado joven, y ella fué la que con unas hierbas, cuya virtud pretende conocer, restañó la sangre de su herida y le colocó el primer apósito.

— ¡Hum! exclamó Cirillo con inquietud.

— ¿Qué?

— ¿No sabéis si tenía algún motivo de odio contra ese joven?

— Ninguno, porque ni siquiera le conocía; al contrario, su triste situación parecía inspirarle el más vivo interés.

— De modo, que no teméis haya empleado hierbas venenosas con objeto de cumplir alguna venganza.

— ¡Gran Dios! exclamó Luisa palideciendo, me hacéis sospechar... pero, no, ¡es imposible! Prescindiendo de su extremada debilidad, el herido parece más aliviado desde que se le colocó el apósito.

— En efecto, dijo Cirillo como hablando consigo mismo: esas mujeres poseen algunas veces secretos eficacísimos. En la Edad media, antes que los Avicena y los Averroes nos trajesen la ciencia de Persia y de España, ellas eran las confidentes de la naturaleza; y si la medicina tuviera menos

orgullo, confesaría humildemente que á ellas debe algunos de sus mejores descubrimientos. Sin embargo, querida Luisa, continuó dirigiéndose á la joven, esas mujeres son, por regla general, bruscas y celosas, y sería peligroso para nuestro herido que vuestra hechicera supiese que otro médico le prestaba sus cuidados. Tratad de alejarla mientras yo le visito.

— En eso precisamente estaba yo pensando, amigo mío, y eso era lo que quería preveniros. Ahora que ya lo sabéis todo y que habéis salido al encuentro de mis temores, ¡venid! entraréis en una habitación vecina, yo alejaré á Nanno con cualquier pretexto, y entonces... ¡oh! ¡querido doctor! añadió Luisa juntando las manos como si dirigiese á Dios una plegaria, entonces vos le salvaréis, ¿no es verdad?

— Hija mía, respondió Cirillo, nosotros no hacemos sino ayudar á la naturaleza; ella es la que mata ó salva, y yo espero que ya habrá hecho por nuestro herido cuanto haya podido hacer. Pero no perdamos tiempo: en semejantes accidentes, la prontitud de los cuidados entra por mucho en una buena cura. Y aunque deba uno confiar en la naturaleza, sería imprudente abandonarla á sus propios recursos.

— Entonces, ¡venid, venid! dijo Luisa.

Y echó á andar delante del doctor.

Atravesaron la serie de habitaciones que formaban parte de la casa de San Felice, y Luisa abrió la puerta que comunicaba con el edificio contiguo.

— ¡ Ah ! exclamó Cirillo notando aquella combinación de la casualidad que tan favorable había sido para ocultar á Salvato, ¡ magnífica idea ! Comprendo, comprendo... No está en vuestra casa, sino en la de la duquesa de Fusco. ¡ Hay una Providencia, hija mía !

Y Cirillo elevó los ojos al cielo dando gracias á esa Providencia, en la cual, por regla general, tienen los médicos tan poca fe.

— De manera, dijo Luisa, que es menester que quede oculto, ¿ no es verdad ?

— Para todo el mundo, sin excepción de ninguna especie, ¿ lo oís, hija mía ? Si supiesen que se hallaba aquí, aunque esta casa no sea la vuestra, se comprometería gravemente vuestro marido.

— Entonces, exclamó Luisa en tono alegre, no me había engañado, y he hecho bien en guardar el secreto para mí sola.

— Sí, habéis hecho bien, y para desvanecer todos vuestros escrúpulos no añadiré más que una palabra. Si ese joven fuese reconocido y preso, no sólo correría peligro su vida, sino también la vuestra,

la de vuestro esposo, la mía, la de otras muchas personas que valen más que yo.

— ¡ Oh ! nadie vale más que vos, amigo mío y nadie mejor que yo conoce lo que valéis. Pero estamos á la puerta, doctor ; ¿ queréis dejarme entrar y esperar aquí un momento ?

— ¡ Entrad, entrad ! dijo Cirillo haciéndose á un lado.

Luisa puso la mano en la llave y la puerta giró sobre sus goznes sin el menor ruido.

Sin duda habían sido tomadas todas las precauciones para que no crujiere.

La joven se admiró de encontrar al herido solo con Nina, la cual tenía una esponjita en la mano y se ocupaba en exprimir gota á gota sobre el pecho de Palmieri el zumo de las hierbas cogidas por la hechicera.

— ¿ Dónde está Nanno ? ¿ dónde está Miguel ? preguntó Luisa.

— Nanno se ha marchado, señora ; dijo que el herido seguía bien y que por el momento nada tenía que hacer aquí, mientras que la estaban esperando en otra parte.

— ¿ Y Miguel ?

— Miguel dijo que probablemente habría hoy alguna agitación en el Mercado-Viejo á consecuencia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de los acontecimientos de anoche, y como es uno de los jefes de su barrio, quiso ir á ver el aspecto que tomaban las cosas.

—¿De modo que estás sola?

— Sí, señora.

— Entrad, entrad, doctor, dijo Luisa entreabriendo la puerta: el campo está libre.

El doctor entró.

El herido se hallaba acostado en una cama cuya cabecera se apoyaba contra la pared. Tenía el pecho completamente desnudo, á excepción de la parte que cubría una venda de lienzo que sujetaba el apósito en forma de cruz, pasando luego por detrás de los hombros. Nina exprimía la esponja empapada en el zumo en el sitio preciso de la herida.

En el momento en que Luisa abrió la puerta, Salvato estaba inmóvil y con los ojos cerrados; entreabriólos al entrar la joven, y su fisonomía adquirió tal expresión de felicidad, que casi desaparecieron las huellas del sufrimiento.

Cirillo apareció á su vez invitado por Luisa; el herido le miró en un principio con alguna inquietud. ¿Quién era aquel hombre? Quizás un padre, tal vez un marido.

Pero no tardó en reconocerle, y entonces, murmurando su nombre, hizo un movimiento para

incorporarse y le tendió al mismo tiempo la mano.

Su debilidad era tal, que aquel leve movimiento agotó sus fuerzas y le obligó á caer sobre la almohada.

Cirillo llevó el dedo á los labios, y le hizo señas que no hablase ni se moviese.

En seguida se aproximó al herido, levantó un poco el vendaje que sujetaba el apósito, examinó con atención los restos de las hierbas que Miguel había machacado, acercó á los labios una gota de aquel zumo y no pudo menos de sonreír al reconocer la triple combinación astringente de la fumaria, del llantén y de la artemisa.

— ¡ Bien ! dijo á Luisa, en la cual se había fijado de nuevo la mirada del herido: podéis continuar empleando el remedio de la hechicera; yo no hubiera ordenado un específico mejor.

Y acto continuo se puso á examinar al herido con el mayor cuidado.

Gracias á las hierbas astringentes del apósito y al zumo de aquellas mismas hierbas que constantemente había humedecido la herida, ésta no presentaba mal aspecto; sus labios sonrosados tendían á unirse, y era probable que no hubiese habido hemorragia interior; y si la hubo, había sido interrumpida por lo que los cirujanos llaman el *coágulo*, obra admirable de la naturaleza, la cual

combate en favor de los seres creados con un tino que la ciencia no alcanzará jamás.

El pulso era débil, pero regular. Faltaba conocer el estado de la voz. Cirillo apoyó su oído sobre el pecho del paciente y escuchó su respiración. Sin duda quedó satisfecho del examen, puesto que se enderezó sonriendo, y con un gesto expresivo tranquilizó á Luisa, la cual seguía ansiosa todos sus movimientos.

— ¿Cómo os sentís, mi querido Salvato? preguntó al herido.

— Débil, pero muy bien, respondió; siempre quisiera estar así.

— ¡Bravo! exclamó Cirillo: la voz es mejor de lo que yo esperaba. Nanno ha hecho una cura magnífica, y creo que sin fatigaros demasiado podréis responder á algunas preguntas, cuya importancia comprenderéis.

— Sí, comprendo, dijo el herido.

En cualquiera otra circunstancia, Cirillo hubiera aplazado para el día siguiente la especie de interrogatorio que iba á hacer sufrir á Salvato; pero la situación era tan grave, que no había momento que perder, á fin de tomar las medidas oportunas.

— Tan pronto como os sintáis fatigado, añadió el doctor, deteneos; y suplico á Luisa que os evite

el trabajo de responderme, siempre que ella pueda constestar á las preguntas que yo os dirija.

— ¿Os llamáis Luisa? dijo Salvato. Ese era uno de los nombres de mi madre, nombre providencial, puesto que es el de la mujer que me dió la vida y el de aquella que me la ha salvado. ¡Bendigo á Dios por esa coincidencia!

— ¡Amigo mío, economizad vuestras palabras! interrumpió Cirillo. No pronunciéis ni una sílaba inútilmente, porque es para mí un remordimiento cada frase que me veo obligado á haceros decir.

Salvato hizo un ligero movimiento de cabeza en señal de obediencia.

— ¿Á qué hora, preguntó el médico, dirigiéndose á Salvato y á Luisa, á qué hora volvió en sí el herido?

La joven se apresuró á responder:

— Á las cinco de la mañana, amigo mío, precisamente en el momento en que rayaba el alba.

El herido sonrió: Luisa había aparecido á sus ojos á las primeras luces de aquella alborada.

— Al encontraros en este cuarto y al ver cerca de vos una persona desconocida, ¿cuál fué vuestro primer pensamiento?

— Creí que había muerto y que un ángel del

Señor venía en busca mía para llevarme á la celestial mansión.

Luisa hizo un movimiento para ocultarse detrás de la silla de Cirillo; pero Salvato extendió la mano hacia ella tan bruscamente, que el doctor detuvo á la joven, obligándola á permanecer á la vista de Palmieri.

— Os tomó por el ángel de la muerte, le dijo Cirillo; probadle que se equivocaba y que, por el contrario, sois el ángel de la vida.

Luisa lanzó un suspiro; apoyó la mano sobre su corazón, como para comprimir sus palpitaciones, y volvió á aproximarse á la cama del paciente.

Entonces, las miradas de los dos jóvenes se cruzaron y ya no se separaron una de otra.

— ¿Sospecháis quiénes eran vuestros asesinos? preguntó Cirillo.

— Yo los conozco, dijo vivamente Luisa; según os indiqué hace poco, eran los esbirros de la reina.

Siguiendo la recomendación de Cirillo, Salvato dejó que Luisa respondiese en su lugar, contentándose con hacer un signo afirmativo.

— ¿Y sabéis el objeto que se proponían al asesinaros?

— Ellos mismos me lo dijeron, respondió Salvato; querían robarme los papeles de que era portador.

— ¿Y en dónde llevabais esos papeles?

— En el bolsillo de la hopalanda que me prestó Nicolino.

— ¿Y qué fué de ellos?

— Cuando caí desvanecido, me pareció sentir una mano que me los arrebatava.

— ¿Me autorizáis á que registre vuestra levita? El herido hizo un signo de cabeza; Luisa dijo al doctor:

— Si queréis iré á buscárosla; pero será inútil, porque los bolsillos están vacíos.

Y como la mirada interrogadora de Cirillo parecía preguntar: «¿cómo lo sabéis?» Luisa repuso:

— Nuestro primer cuidado cuando le trasladamos aquí, fué buscar algún documento que nos indicase á qué familia pertenecía. Si hubiese tenido en Nápoles una hermana ó una madre, mi deber hubiera sido avisarles, aun á riesgo de lo que pudiera suceder. Pero nada encontramos, ¿no es verdad, Nina?

— Absolutamente nada, señora.

— Y esos papeles, que sin duda se hallan á esta fecha en manos de nuestros enemigos, ¿recordáis cuáles eran, Salvato?

— No había más que uno; la carta del general Championnet, por la cual se recomendaba al embajador de Francia que, mientras le fuese posible,

mantuviese la buena armonía entre los Estados, en razón á que el jefe del ejército de Roma no podía por el momento hacer la guerra.

— ¿ Se hablaba de los patriotas que se hallan en inteligencia con él?

— Sí, para encargarle que tratase de calmarlos.

— ¿ Citaba sus nombres?

— No.

— ¿ Estáis bien seguro?

— Segurísimo.

Fatigado por el esfuerzo que acababa de hacer, respondiéndole á Cirillo, el herido cerró los ojos y una palidez mortal cubrió su rostro.

Luisa lanzó un grito, creyendo que iba á desmayarse.

Al escuchar aquel grito, los ojos de Salvato volvieron á abrirse y asomó á sus labios una sonrisa de gratitud... ó tal vez de amor.

— Tranquilizaos, señora, no es nada, le dijo.

— No importa, exclamó Cirillo: ni una palabra más. Ya sé cuanto deseaba saber. Si no hubiera estado en juego más que mi vida, os hubiese recomendado un silencio absoluto; pero ya sabéis que no soy yo solo, y me dispensaréis mi inquietud.

Salvato cogió la mano que le ofrecía el doctor y

la estrechó con una fuerza que probaba que no le había abandonado su energía.

— Y ahora, dijo Cirillo, callaos y tratad de calmaros; el mal es menos grave de lo que yo temía y de lo que pudo haber sido.

— Pero ¿ y el general? murmuró el paciente á pesar de la orden del facultativo, ¿ y el general? es necesario que sepa á qué atenerse.

— El general, respondió Cirillo, recibirá antes de tres días un mensaje que le tranquilizará respecto á vuestro estado; sabrá que estáis grave, pero no mortalmente herido; que os halláis al abrigo de los ataques de la policía napolitana, por muy hábil que ella sea; que tenéis junto á vuestro lecho una enfermera que tomasteis por un ángel del cielo antes de saber que era una hermana de caridad; y en fin, que muchos heridos, si estuviesen en vuestro lugar, mi querido Salvato, no pedirían á su médico más que una cosa: que no los curase demasiado pronto.

Cirillo fué á una mesa en la cual había recado de escribir y se puso á extender una receta; mientras el médico escribía, Salvato cogió la mano de Luisa que ella le abandonó ruborizándose.

Concluida la receta, Cirillo se la entregó á Nina, la cual salió inmediatamente á cumplirla.

Entonces, el doctor llamó aparte á Luisa y le



dijo en voz baja, de modo que Salvato no pudiese oírle :

— Cuidad á ese joven, como una hermana cuidaríais á un hermano... más aún : como una madre cuidaríais á su hijo! ¡ Que nadie, ni San Felice, sepa que se halla aquí! Pensad que la Providencia ha confiado á vuestras dulces y castas manos la preciosa vida de uno de sus elegidos, y que debéis darle cuenta de ella.

Luisa inclinó la frente suspirando. ¡ Ay! la recomendación era bien inútil. Por muy poderosa que fuese la voz del facultativo, la voz de su corazón se le recomendaba mucho más tiernamente.

— Pasado mañana volveré, continuó Cirillo. No mandéis á buscarme, á menos que no ocurra alguna novedad, porque, después de lo sucedido anoche, la policía debe andar siguiéndome la pista. Por ahora, nada más hay que hacer. Cuidad de que el herido no experimente ninguna sacudida moral ó material. Para todo el mundo, hasta para San Felice, vos sois la que estáis enferma, y á vos á quien yo vengo á visitar.

— Sin embargo, murmuró la joven, si mi marido llegara á saber...

— ¡ Si llega ese caso, echad toda la responsabilidad sobre mí! respondió Cirillo.

Luisa levantó los ojos al cielo, y respiró más libremente.

En aquel momento, entró Nina trayendo los remedios que el doctor había recetado.

Con la ayuda de la joven camarista, Cirillo puso en el pecho del herido hierbas nuevamente machacadas, sujetó el vendaje, recomendó á Salvato el más absoluto reposo, y casi tranquilo por su vida, se despidió de Luisa prometiéndola volver al tercer día.

En el instante en que Nina cerraba la puerta del jardín, bajaba un *carrozzello* por la cuesta del Pausilipo.

Cirillo hizo señas al cochero, y subió al vehículo.

— ¿ Adónde debo conducir á V. E.? preguntó el auriga.

— Á Pórtici, amigo mío; una piastra de propina si me llevas en una hora.

Y se la enseñó, aunque sin dársela.

— ¡ Viva San Gennaro! gritó el cochero.

Y azotó el caballo, el cual salió á galope.

Marchando de aquella manera, Cirillo hubiera podido estar antes de una hora en el punto de su destino; pero al llegar á la calle Nueva-de-la-Marina, le cerró el paso un inmenso gentío que cerraba el muelle.